

Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia

Fundadora de La Obra de la Iglesia

Extracto del libro:

**"Luz en la noche.**

**El misterio de la fe dado en sabiduría amorosa"**

*Nihil obstat:* Julio Sagredo Viña, *Censor*  
*Imprimase:* Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin  
*Vicario General*  
Madrid, 2-2-2005

2ª EDICIÓN

© 2008 LA OBRA DE LA IGLESIA

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006                      ROMA - 00149  
C/. Velázquez, 88                      Via Vigna due Torri, 90  
Tel. 91.435.41.45                      Tel. 06.551.46.44

E-mail: [informa@laobradelaiglesia.org](mailto:informa@laobradelaiglesia.org)  
[www.laobradelaiglesia.org](http://www.laobradelaiglesia.org)

[www.clerus.org](http://www.clerus.org) *Santa Sede: Congregación para el Clero*  
*(Librería-Espiritualidad)*

ISBN: 978-84-612-4191-0  
Depósito Legal: M. 20.665-2008  
Imprime: Fareso, S.A.  
Paseo de la Dirección, 5. 28039 Madrid

26-7-1997

*Fiesta de San Joaquín y Santa Ana,  
Padres de la Santísima Virgen*

**SE HA DORMIDO LA SEÑORA  
EN ASUNCIÓN  
TRIUNFANTE Y GLORIOSA  
A LA ETERNIDAD**

[...]\* Ante la proximidad del día glorioso de la Asunción de Nuestra Señora, quiero manifestar lo que el día 15 de agosto del año 1960 vivió mi espíritu, llevado por Dios [...] a contemplar de una manera profundísima, clarísima, inimaginablemente sorprendente, y vivida en saboreo de disfrute de Eternidad, el momento trascendente, sublime e indescriptible, lleno de esplendor y majestad, de ser levantada de esta tierra, en Asunción gloriosa, dichosísima y esplendorosa, Nuestra Señora, ¡toda Virgen...!, ¡toda Madre...! ¡y toda Reina...!, en cuerpo y alma al Cielo.

[...] Gocé tanto [...] aquel 15 de agosto, contemplando el último paso del peregrinar de la

---

\* Con este signo se indica la supresión de trozos más o menos amplios que no se juzga oportuno publicar en vida de la autora.

Virgen a la Eternidad, que lo tengo lacrado en la profundidad de mi espíritu como un romance de inédita ternura que jamás se podrá nublarse en el alma de la última, más pobre y miserable de las hijas de la Santa Madre Iglesia, por el centelleo luminoso de su manifestación, ante la magnificencia de la dormición, en Asunción en cuerpo y alma a la Gloria, de Nuestra Señora de la Encarnación.

En una nota explicativa al final del escrito que dicté aquel día, adentrada por Dios en una oración muy profunda, expresaba esto que [...] acabo de manifestar:

15-8-1960  
(Fragmento)

«Al atardecer de este día, 15 de agosto de 1960, tuve una luz muy fuerte de la Asunción de Nuestra Señora en cuerpo y alma a la Eternidad.

Contemplé cómo era levantada toda Ella por el beso inmutable del Espíritu Santo.

Como otras muchas veces, me sentí totalmente tomada por Dios, y expresé, como pude, lo que mi alma vio de la Asunción de Nuestra Señora.

Sintiéndome robada y translimitada por la contemplación de tan maravilloso espectáculo,

gocé de una dulzura tan profunda, de una paz tan espiritual y de una dicha tan indescriptible, que jamás podré olvidar esta impresión.

Y me dejó tan tomada, que durante mucho tiempo tuve una presencia continua de este gran momento:

¡Se ha dormido la Señora...! Se ha dormido a la vida de la tierra, para vivir en toda su plenitud la posesión de la Eterna Sabiduría en su clara, plena y total visión.

¡Se ha dormido la Señora...! Sueño que es un romance de amor, lanzado por la Boca divina en el beso eterno de la sabiduría amorosa del Espíritu Santo.

¡Se ha dormido la Señora...!

Dicen que “es preciosa la muerte de los justos”<sup>1</sup>, porque no es nada más que un beso del Espíritu Santo, ¡tan silencioso...!, ¡tan suave...!, ¡tan hondo y tan profundo...! que, en un requebro de amor inmutable, se lleva al alma, a veces sin que ésta casi lo aperciba.

Así le pasó a María: fue ¡tanta paz...!, ¡tanta inmutabilidad...!, ¡tanto silencio...!, ¡tan hondo y tan profundo...!, que se encontró de pronto en la Gloria.

Fue un sueño de amor, en el aleteo infinito del Espíritu Santo, en el abrazo de su Consorte

---

<sup>1</sup> Sal 115, 15.

divino: ¡Se durmió a la vida en el beso y el abrazo del Espíritu Santo...!

Se ha dormido la Señora ante el beso inmutable del Amor Infinito que, al mecerla en su arrullo divino, casi sin apercibirlo, se la llevó: ¡robó su “presa” en un descuido de Ésta...!

“Hijas de Jerusalén, por las gacelas y cabras monteses, no despertéis ni inquietéis a mi amada, hasta que a ella le plazca...”<sup>2</sup>.

“Ven del Líbano, esposa mía, que ya pasó el invierno, y ya las viñas en flor esparcen su aroma...”. “Ven, amada mía, que ya pasaron las lluvias”<sup>3</sup> para la Madre del Verbo del Padre, Encarnado, y la Esposa del Espíritu Santo...

¡Silencio...!, ¡que se está durmiendo la Señora en el beso infinito de la Inmutabilidad Eterna, saboreando silenciosamente el contacto divino del Esposo virgíneo en su boca buena de Amor increado...!

¡Día de la Asunción de Nuestra Señora...!

Toda la vida de María, de la Virgen, fue una asunción que, al llegar el instante cumbre, máximo, repleto y total de su transformación en Dios, según su capacidad como criatura única, predestinada y creada para ser Madre del Verbo Infinito Encarnado por la voluntad del Padre,

---

<sup>2</sup> Ct 2, 7.

<sup>3</sup> Ct 4, 8; 2, 11. 13.

bajo el arrullo infinito y la suavidad sonora del Espíritu Santo, Consorte divino de la Virgen, que la hizo romper en Maternidad divina; se paró ante la posesión cara a cara, en la luz de la Gloria, de la Sabiduría Eterna en su inmutabilidad infinita...

¡Se ha parado la Señora en su ascensión hacia Dios...! Ascensión que empezó el día que fue concebida sin pecado original, llena de gracia y sólo para Dios y la realización de sus planes eternos derramándose sobre la humanidad por medio de la Encarnación realizada en las entrañas purísimas de la Virgen; para terminar en aquel instante en el cual, estando su capacidad repleta, fue poseída por la inmutabilidad de Dios...

Tenía que ser saturada, abrazada y sostenida por la inmutabilidad inmutable de las tres divinas Personas aquella criatura que, anunciada por Dios desde el Paraíso terrenal y predestinada para ser Madre de Dios, Corredentora con Cristo al pie de la cruz y Madre de la Iglesia universal en Pentecostés, subió ¡tanto..., tanto..., tanto...! que, ahondándose en la profundidad honda de la divina Sabiduría, tuvo que ser besada con un beso eterno de inmutabilidad, ante la imposibilidad, según su capacidad de pura criatura, única e inimaginable como Madre de Dios y de todos los hombres, de poder ahondarse más.

María, en su Asunción gloriosa en cuerpo y alma a la Eternidad, remontó su vuelo por en-

cima de los Ángeles y Arcángeles, Querubines y Serafines y de toda la creación; siendo introducida por el Amor infinito de la Virginitad Eterna en la profundidad honda de aquel Eterno Engendrar...; Engendrar que da a luz, de su misma Luz, al Eterno Oriens en el amor infinito y coeterno del Espíritu Santo.

Si María hubiera podido ser un poquito más divinizada, hubiera vivido más. Dios hizo a María con capacidad casi infinita de divinización; y cuando estuvo saturada y repleta, abalanzándose sobre Ella, manifestándose en el atributo de la inmutabilidad, como Jayán enamorado, robó su presa, y la inmutabilizó en la luz de la Gloria.

Toda la vida de la Virgen fue un tránsito, en el cual el Espíritu Santo, Amor del Padre y del Hijo, depositó un beso de Eternidad; beso que, en su saboreo amoroso, terminó introduciéndola en la inmutabilidad silenciosa de la Eterna Sabiduría.

En el silencio silencioso del beso sacrosanto de la Boca divina, la Señora nota..., experimenta..., que su ascensión en su vuelo por este destierro, con sus grandes alas de águila imperial extendidas, llega a su término...; que su ascensión, por su capacidad llena y repleta de Divinidad, está para pararse de un momento a otro en la luz de la Gloria de la Inmutabilidad.

El alma de María, toda deificada, transformada en la Deidad, es toda ella un trasunto de

Cielo. Es el jardín florido, “el huerto sellado”<sup>4</sup>; Aquella que entre millares fue escogida, predestinada, creada y concebida para ser Madre de la Sabiduría Encarnada; de aquella Sabiduría que, en su serse el Inmutable, se es el Instante virgíneo de la Eternidad silenciosa.

Ya está preparada por Dios el alma de María para su tránsito definitivo a la luz de la Gloria en visión esplendorosa, en posesión total, desatada de este destierro...

En el Cielo todo es fiesta, alegría y contento; porque, desde el mismo seno de Dios, se contempla cómo la Señora, la Madre, está para ser arrebatada en cuerpo y alma, de un momento a otro, por aquel Amor que, desde toda la eternidad, la creó para hacerla su Esposa preferida...

Está el Divino Consorte de la Señora esperando aquel instante-instante en el cual, desde toda la eternidad, predestinara a María para tener llena, ¡totalmente llena!, la capacidad de divinización que Dios había determinado para Ella.

Y ante la imposibilidad de más llenura, al estar su capacidad, casi infinita, plena, ¡se ha dormido la Señora...!

Al llegar el alma de María a aquel punto de divinización casi infinito, toda Ella era llevada y traída..., besada y festejada..., amada..., abis-

---

<sup>4</sup> Ct 4, 12.

mada y adentrada en aquella vida íntima de la adorable Trinidad...

Y el Amor, besándola suavemente..., tiernamente..., silenciosamente..., en su beso inmutable, silencioso e indecible de Virginitad...; en aquel instante-instante en el cual está el alma de María con su capacidad llena de divinización según el plan de Dios para con Ella, sí, en aquel instante-instante, la caricia inmutable del Espíritu Santo robó su “presa”, en un éxtasis de amor, llena y repleta, saturada y apretada, por participación, de Divinidad.»

[...] Y anonadada, temblorosa y asustada, quiero transcribir también a continuación [...] lo poco que pude expresar el día 15 de agosto de 1960, ante la contemplación de tan sublime e inefable misterio;

pues no encontraría otra manera más expresiva, espontánea, profunda y clara de comunicar [...] lo que el Señor me hizo vivir y manifestar aquel día sobre el misterio esplendoroso de la Asunción de la Virgen:

«¡Silencio...! ¡Silencio...!  
¡Silencio...!; que se está durmiendo la Señora...  
¡Silencio...! ¡Silencio...!  
¡Silencio...!; que se está saboreando tan silenciosamente..., tan tiernamente..., tan divinamen-

te..., en el convite divino del beso inmutable del Espíritu Santo, que toda Ella, casi sin percibirlo, está siendo levantada, sin ningún movimiento, por el mismo beso divino e inmutable del Espíritu Santo...

¡Silencio...! ¡Silencio...! ¡respeto...! ¡veneración...!; ¡que estoy contemplando el momento esplendoroso y majestuoso en que la Señora está siendo levantada a la Eternidad por el paso silencioso de Dios que, en beso amoroso de Espíritu Santo, la está atrayendo hacia sí por la suavidad de su brisa divina...!

¡Se ha hecho un gran silencio...!

¡Todo es silencio en torno a María...!

Todo, para su alma de Virgen-Madre, es como el arrullo silencioso de la tórtola que viene a arrebatarse su presa en el silencio secreto de la inmutabilidad virgínea, de la santidad pacífica, del silencio profundo del Espíritu Santo...

¡Todo está en silencio...! ¡La paz inunda la tierra...!

Y mi alma, desde la tierra, en esta ruda habitación, y en la paz del silencio que envuelve a María, contempla, adorante, cómo la Señora está siendo levantada en Asunción gloriosa a la Eternidad...

El respeto anonada todo mi ser, que desearía correr tras Ella, para acompañarla en su Asunción triunfal, en un cántico de agradecimiento a Dios y de alabanza perfecta...

¡Silencio...!, ¡silencio...!

¡Silencio...!, que la inmutabilidad inmutable del serse del Ser, en su acto trinitario de vida divina, se lanza silenciosa y amorosamente al encuentro de aquella alma tan divinizada, en la cual, suave y tiernamente..., en la profundidad profunda de su paz silenciosa..., la adorable Trinidad deposita un beso de inmutabilidad infinita...

Beso de Eternidad que, en el silencio sabroso de la boca divina del Espíritu Santo, atrae, como un imán sutilísimo, al alma de la Virgen, levantando con Ella a su cuerpo por la fuerza de la brisa acariciadora del ímpetu divino, a la posesión total, completa y absoluta, en pleno goce, de la luz resplandeciente de su faz divina.

¡Oh, qué momento de felicidad rebotante de plenitud para la Virgen...!

¡Silencio...! ¡Silencio...!

¡Silencio...!, que la Señora siente que toda su alma se enciende suave y pacíficamente en el calor sabroso, misterioso e infinitamente inaltable del beso divino de la Inmutabilidad por esencia en un acto trinitario...

Y sin casi apercibirlo..., sin darse cuenta..., sin notar nada..., la Señora se encuentra, en un abrir y cerrar de ojos deleitable..., suave y silencioso..., ante aquel Dios que Ella contemplara y poseyera durante toda su vida; pero ahora, realizado el grado de divinización de-

terminado por el mismo Dios, es arrebatada e introducida en la cámara nupcial, para tener en la Patria lo mismo que tenía en el destierro, pero en posesión plena, gozosa y absoluta de Eternidad.

No se ha obrado en María más variación que la de haber llenado los límites de la voluntad de divinización que Dios, desde toda la eternidad, la tenía predestinada como a Madre suya, para pasar a la posesión total de la Inmutabilidad divina en su acto eterno de vida trinitaria...

Y a María, que hasta entonces había estado divinizándose, en este momento, el beso eterno del Espíritu Santo, metiéndola en su inmutabilidad, la hace participar de tal forma de esta misma inmutabilidad, que la Señora es por participación un acto inmutable de vida trinitaria, en el cual se ha parado su divinización con su capacidad repleta...

Y ante esta llenura como infinita de la criatura por su Creador, se obra un misterio de amor en el beso silencioso, eterno y arrullador del Espíritu Santo, que, enamorado y robado por la Virgen Madre, por la Señora, la arrebatada en cuerpo y alma, metiéndola de lleno y plenamente a participar de la inmutabilidad inmutable de la Trinidad una.

Y en el silencio de aquel *Sancta Sanctorum* de la Eterna Sabiduría, se ha hecho un mayor

silencio –si esto cupiera en el Cielo–; porque la Señora, ante el roce silencioso del beso divino, entra Asunta, envuelta, penetrada, saturada e impelida por la corriente divina del Espíritu Santo, en la cámara de aquel Divino Consorte que la creara y predestinara desde toda la Eternidad, para hacerla la Creación-Madre de la creación, después del alma de Jesús...

¡Silencio...! ¡Silencio...!; que estoy contemplando a María siendo levantada en cuerpo y alma hacia el Día glorioso de la Eternidad por el beso infinito que las tres divinas Personas depositan en Ella...

¡Oh...! ¡toda la tierra se ha quedado en un gran silencio...!

Porque, al remontar su vuelo la Señora, el Cielo, en su gloria accidental, se ha hecho más rico, mientras que la tierra se ha quedado más pobre...

El Cielo se ha llevado a la Señora, y la tierra la ha perdido para encontrarla gloriosamente en la luz de la Gloria de la Eterna Sabiduría...

Había llenado María su misión de Virgen Madre, de Corredentora y Madre de la Iglesia; y ahora, *Assumpta*, sube al Cielo para seguir su mediación universal entre Dios y los hombres.

¡Tuvo que dormirse la Señora...! ¡Era necesario que la Inmutabilidad la poseyera total-

mente, y Ella, así mismo, poseyera a la Inmutabilidad!

Porque, ¡un paso más!, y hubiera rebasado los límites de su capacidad casi infinita de divinización...

Y por eso, porque esto no era posible, ¡SE HA DORMIDO LA SEÑORA...!».

[...] Y tras esto que [...] he manifestado de lo poco y pobremente que pude expresar aquel día por la sublimidad de cuanto estaba sucediendo, metida en su misterio mientras que lo contemplaba, concluyó para esta pobre, desvalida y miserable hija de la Iglesia la contemplación gloriosísima de Nuestra Señora en el momento de ser robada por las tres divinas Personas, en el romance de amor más divino y divinizante que sólo Dios, en su Sabiduría cantora de amores eternos e inéditas melodías, es capaz de expresar adecuadamente sin profanarlo.

Por lo que, desde la bajeza de mi nada y la ruindad de mi pobreza, siento pavor y temblor al tenerlo que describir con mi pobre y entorpecida lengua, mediante el impulso amoroso del Espíritu Santo que me lanza, para que lo proclame en sabiduría amorosa del modo y la manera que esté al alcance de la nulidad y limitación de mi pequeñez.

[...] Once años más tarde, el 15 de agosto de 1971, el Señor me dio otra gran luz sobre «La dormición de la Señora de la Encarnación»; aunque no fue la contemplación de aquel momento del modo tan sin igual que lo vi y que tan pobre y reducidamente [...] acabo de expresar [...].

También, el 15 de Octubre de 1972, después de haberme mostrado el Señor, en fechas anteriores, «El Camino de la vida», con el «Abismo» en su término, y en el que vi caer a muchos de los que alocadamente caminaban sin prevenirse de sus «alas de águila» para poderlo atravesar, dicté un escrito titulado: «María cruzó el Abismo».

[...] Y quiero expresar [...] con abertura de alma y sencillez de corazón, lo que, a través de estas manifestaciones de Dios, voy entendiendo con mi pobre comprensión, iluminada por Dios y bajo el impulso y el amor del Espíritu Santo, de cuanto Dios me hace conocer de sus misterios para que los proclame; aunque bien comprendo que no puedo saber, en mi limitada pobreza, ni vislumbrar siquiera lo que, a través de esas mismas comunicaciones, me haya dejado de manifestar; y de cómo se realizó, y sus porqués, el misterio de la Asunción de Nuestra Señora en cuerpo y alma al Cielo [...];

transcribiendo [...] algunos fragmentos más significativos de los escritos dictados esos días [...].

Y todo esto lo hago humilde, sincera y espontáneamente, como hija pequeña de la Iglesia [...] por si, con cuanto creo entender a través de lo que el Señor me muestra y con mi pobre colaboración, en algo puedo ayudar a la Iglesia –cosa que deseo y necesito hacer en el tiempo que el Señor aún me conceda de vida– [...].

La Señora de la Encarnación, que era Virgen, Madre, Reina y Señora, por el misterio de la Encarnación y en él, le dio su carne y su sangre, sin más intervención que la divina, al Verbo Infinito del Padre, Encarnado; para la realización de la retornación en reparación amorosa a la Santidad infinita ultrajada, de la manera más perfecta y acabada que, en manifestación cruenta, la criatura puede dar a esa misma Santidad infinita de Dios ofendida.

Al mismo tiempo que Cristo, por su humanidad santísima y su Sangre redentora, derramada en el Calvario, reparó el pecado de la criatura ante el Creador en manifestación de redención expiatoria en sangrienta crucifixión; no sólo redimiéndonos, sino elevándonos, hechos uno con Él, a ser hijos de Dios y herederos de su gloria; cantando con el Unigénito del Padre, por participación de adhesión filial, el Cántico nuevo, el Cántico magno que sólo Dios puede cantarse, por la recepción del Padre a su Hijo que, siendo «el Primogénito entre mu-



chos hermanos»<sup>5</sup>, se presenta ante Él con el derecho que le da su filiación;

abriendo los Portones anchurosos de la Eternidad, e introduciendo en ella para siempre a todos los que se quisieran acoger a su Redención, por la carne purísima y la sangre que le dio María al Verbo al encarnarse, sin más intervención que el beso de Virginitad infinita de su Esposo divino, el Espíritu Santo.

Cristo con el martirio de su cuerpo, ofrecido al Padre en inmolación, y el dolor lacerante y desgarrador de su alma santísima, nos llevará en el mañana de la Eternidad, a gozar con Él para siempre en el alma y cuerpo glorificado.

«Por lo cual, entrando en este mundo, dice: “No quisiste sacrificios ni holocaustos, pero me has preparado un cuerpo. Los sacrificios y holocaustos por el pecado, no los recibiste. Entonces Yo dije: ‘Heme aquí que vengo –en el volumen del Libro está escrito de mí– para hacer ¡oh Dios! tu voluntad’...”, y en virtud de esta voluntad, somos nosotros santificados, por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una sola vez»<sup>6</sup>.

Y este cuerpo y la sangre para la Redención se lo dio el Padre a través de la Maternidad divina de la Virgen, obrada sólo por el beso de su Esposo divino, el Espíritu Santo.

<sup>5</sup> Rm 8, 29.

<sup>6</sup> Heb 10, 5-7. 10.

15-8-1971  
(Fragmento)

«El misterio de la Encarnación es tan infinito y rico, tan exuberantemente sugestivo y tan trascendentemente maravilloso, que hace posible que, por la unión de la naturaleza divina y la naturaleza humana en la persona del Verbo, Dios sea tan hombre como Dios, y el Hombre sea tan Dios como hombre.

Por lo que Cristo es intrínsecamente en sí y de por sí, Sacerdote, Unión de Dios con el hombre, de una manera tan maravillosa, que la función de su Sacerdocio es ser en sí mismo esa unión.

Cristo, por el misterio de la Encarnación y a través de su vida, muerte y resurrección, llevó a cabo, en función de su Sacerdocio, la restauración completa del hombre.

Él solo la verificó y la terminó en la perfección de la realización de su Sacerdocio. Nada ni nadie le puso ni le quitó, ni le pudo aumentar ni disminuir al acabamiento de su plan; que, no sólo Él realizó haciendo lo que hizo en sus treinta y tres años, sino que lo tuvo realizado en sí desde el primer instante de la Encarnación, cuando unió para siempre a Dios con el hombre, aunque de distinta manera que al terminar la Redención; mediante la cual, en función de su Sacerdocio, enterró al hombre viejo, resucitándole con Él a una vida gloriosa.

Y por eso, el misterio de la Redención empieza en el momento de la Encarnación, y termina en la glorificación de Cristo; porque “vana sería nuestra fe, si Cristo no hubiera resucitado”<sup>7</sup>, abriéndonos de par en par el Seno del Padre, que había sido cerrado por el pecado original.

El misterio de la Encarnación es el misterio del Sacerdocio de Cristo. Y porque no se conoce bien el misterio de la Encarnación, tampoco se conoce el del Sumo y Eterno Sacerdote que, quedando en función de su Sacerdocio desde este mismo instante de la Encarnación, lo fue realizando, para demostración de su amor al hombre y para captación de éste, a través de sus treinta y tres años: naciendo, predicando, viviendo, enseñando con la palabra, el ejemplo y sus hechos cómo Él era “el camino, la verdad y la vida”<sup>8</sup>; llegando a la manifestación máxima de la función de su Sacerdocio, que le llevó a morir con el hombre pecador, a sufrir en sí las consecuencias del pecado, resucitándole con Él a una vida nueva, infinita y eterna que Cristo era en sí, y que por su muerte y resurrección había conseguido para todos los hombres que quisieran injertarse, como “los sarmientos en la vid”<sup>9</sup>, en la Cepa de la vida.

Dios quiso que el misterio de la Encarnación y, por lo tanto, el de la donación de Dios al

<sup>7</sup> 1 Cor 15, 17.

<sup>8</sup> Jn 14, 6.

<sup>9</sup> Cfr. Jn 15, 5.

hombre, se realizara en el seno de la Virgen, sin que Ella le aumentara ni le disminuyera nada a la plenitud de ese misterio.

Sin embargo, por un plan del mismo Dios, María colaboró activamente en la Encarnación tan maravillosamente, que le dio a Dios el medio que necesitaba para ser tan hombre como Dios.

El misterio lo hizo Dios; lo empezó y lo terminó por la plenitud de su poder; pero la Virgen colaboró con las divinas Personas a realizarlo en el modo sublime que estas mismas Personas quisieron en su infinito designio; pasando Ella a ser, por ese plan amoroso, Colaboradora con el mismo Dios en la realización del misterio de la Encarnación a través de su Maternidad divina.

Vemos [...] cómo fue Dios el que realizó todo el misterio de la Encarnación, que fue unir a Dios con el Hombre en la persona del Verbo por la voluntad del Padre y en el impulso del Espíritu Santo.

Pero vemos también cómo, en la realización de ese misterio, la Virgen tomó una parte tan activa, que colaboró con las divinas Personas a que ese misterio se efectuase, de tal forma que quedó constituida Madre de Dios.

Y tan maravillosa es su Maternidad divina, que es tan Madre de Dios como del Hombre; siendo al mismo tiempo Madre universal de todos los hombres que, injertados en Cristo por el misterio de la Encarnación y en función de

su Sacerdocio, pasan a ser, por y en el seno de María, hijos de Dios y herederos de su gloria.

Como la vida de Cristo es ser en sí la manifestación de su Sacerdocio, y este Sacerdocio es por y en la Maternidad de María, todo el ejercicio del Sacerdocio de Cristo en todas y en cada una de sus realidades y manifestaciones, es también por y en la Maternidad de María.

Y así como Cristo lo realiza todo por ser en sí el Sumo y Eterno Sacerdote y en función de su Sacerdocio, María no es en sí el Sacerdote, pero sí colabora con el Sumo y Eterno Sacerdote en que su Sacerdocio sea, y en la función sacerdotal del mismo, por medio y a través de su Maternidad divina.

Y ahí está María realizando el sacerdocio peculiar de su Maternidad, por Cristo y con Él, en todos y en cada uno de los momentos de la vida de Cristo; que en Él son ejercicio de su Sacerdocio y que, por el sacerdocio de la Maternidad de María, va ejerciendo y manifestando.

Y por eso, con la muerte y resurrección de Cristo termina la Redención de Cristo y la Corredención de María: Él ofreciéndose al Padre en función de su Sacerdocio; y Ella ofreciendo a Cristo al Padre en función del suyo, que se llama Maternidad divina».

Por lo que María, [...] la Virgen Blanca de la Encarnación, creada sin pecado original por los

méritos previstos de Cristo, sin tener más inclinación que dar gloria a Dios por el cumplimiento perfecto de su voluntad que la hizo Corredentora de toda la humanidad y Madre universal de toda ella y de la Iglesia Santa, y habiendo llenado todo el plan divino sobre Ella en la Redención de Cristo, pudo ser liberada de la muerte, que es sólo consecuencia del pecado original, del cual la Inmaculada Concepción fue exenta.

Ni tampoco creo que necesitara morir como Cristo crucificado; porque, en el momento máximo de la Redención, en la pasión de Cristo, María experimentó y vivió el martirio más inconcebible de dolores incomparables junto a su Hijo, siendo Reina y Madre de todos los mártires; pagando, en Cristo y con Cristo, y hecha una con Él en adhesión incondicional, las consecuencias del pecado original de todos los hombres.

De forma que, en el Calvario y por el ejercicio del sacerdocio de su Maternidad divina, ofreció libre y voluntariamente su Víctima al Padre, su propio Hijo; que, hecho Hombre por amor y muriendo en inmolación, nos redimió para gloria del Padre y salvación de todos nosotros, mediante el cuerpo y la sangre santísima que la Señora de la Encarnación le dio.

María, hecha una con su Hijo, el Cordero Inmaculado que quita los pecados del mundo, en adhesión total e incondicional de retornación

amorosa al Padre Eterno, bajo el impulso del Espíritu Santo y abrasada en las llamas de su amor, penosa e incruentamente, pero delirante de amor, lo ofrecía a la Santidad del Eterno Ser ofendida; y se ofrecía a sí misma, con Cristo, en el máximo grado de martirio incruento y de victimación total que la pura criatura, concebida sin pecado original por los méritos previstos de la Redención de Cristo y llena de gracia desde el primer instante de su Concepción, era capaz de dar a Dios en la máxima destrucción de sí misma.

La Virgen, al pie de la cruz, sufrió una muerte mística según la profecía de Simeón de que una espada de dolor le traspasaría el alma; como a Jesús le traspasó físicamente el costado la lanza del soldado, en manifestación de su muerte corporal.

Más que mil muertes fue el dolor de María en el Calvario, que la hizo participar, en su alma santísima, como nadie, de la pasión y muerte de Cristo.

Por Cristo, con Él y en Él, la Virgen, en el ejercicio del sacerdocio de su Maternidad divina, ofreció su Víctima para gloria del Padre, y, siendo Corredentora, por cada uno de los hombres que su Hijo en el Calvario le encomendó, como Madre universal de toda la humanidad.

Por su muerte, Cristo abrió el Seno del Padre, penetrando glorioso en el Cielo; siendo vi-

vida, también misteriosamente y de una manera dichosísima y gloriosa, esta realidad por su Madre santísima en fruto de Corredención con Cristo.

Muriendo misteriosamente con el Hijo de Dios y su Hijo en el Calvario, y recibiendo el fruto de la Redención para darla a todos los hombres, como Corredentora, a través de su Maternidad divina; María, en la consumación cruenta del Sacrificio de la Cruz que, en el ejercicio de su Maternidad, ofreció con Cristo al Padre, murió a la vida vieja de la humanidad.

Y en la restauración de la creación, después de su muerte mística con el Hijo de Dios y su mismo Hijo crucificado, resucitó con Él a la vida nueva que Él nos dio; por lo cual ya no necesitaba morir para ser asunta al Cielo.

La Redención de Cristo y la Corredención de María fue consumada por Cristo en la cruz.

Por lo tanto, después de haber abierto el Verbo Infinito Encarnado el Seno del Padre, y de ser glorificado, la muerte de María, para ser una con su Hijo en todo, veo ya no era necesaria.

Pues la manifestación máxima del amor de Dios para con el hombre en Redención, se realizó en el Calvario; donde la Corredención de María, para glorificación de Dios y salvación de las almas, en el ofrecimiento de Cristo y hecha una con Él, a través del sacerdocio de su Maternidad divina, quedó consumada.

Y mediante el testamento que Cristo le hizo en la persona de San Juan, se manifestó la Maternidad universal de la Virgen y la filiación de todos los hijos de Dios hacia la Señora.

Por lo que a la Virgen sólo le quedaba, después de Pentecostés, estar con su lámpara encendida, esperando el momento y la manera de que la voluntad de Dios se la llevara a gozar del fruto del plan divino terminado y cumplido sobre Ella.

Mediante el cual, «La llena de gracia» según el anuncio del Ángel, sería proclamada «bienaventurada por todas las generaciones» y «benedita entre todas las mujeres»<sup>10</sup>.

«Cristo funda su Iglesia. Y allí está María en Pentecostés siendo Madre de los hombres, con los Apóstoles: la Iglesia naciente; colaborando también, por medio de su Maternidad, a la fundación de la Iglesia; la cual es perpetuación entre los hombres del Sacerdocio de Cristo y, por tanto, de la Maternidad de la Virgen, desde el momento de la Encarnación.

Y vemos a María en los pasos más importantes de la vida de Cristo, no haciendo las cosas que Él hacía, pero sí colaborando con Él, por el misterio de la Encarnación, en su vida, muerte y resurrección.

---

<sup>10</sup> Lc 1, 28. 48. 42.

Y cuando la Virgen llegó en la tierra a la terminación completa de la función del sacerdocio de su Maternidad, que fue colaboración con Cristo en los planes de Dios, por un querer de la voluntad infinita que determinó meterla así en el misterio de la Redención; Dios se la llevó del modo que el hombre, sin pecado original, hubiera subido al Cielo; con la participación, además, de la riqueza que la Redención dio al Hombre Nuevo; y por otra parte, según Dios quiso que le correspondiera, después de la resurrección de Cristo, a la que era Madre del Sumo y Eterno Sacerdote, en la terminación gloriosa de la función del sacerdocio de su Maternidad divina y universal sobre la tierra.

No tenía la Virgen, al llegar el momento de su subida al Padre, que morir para que la colaboración de su sacerdocio quedara terminada; porque el hombre viejo, con la muerte de Cristo, quedó enterrado, y con su resurrección quedó glorificado.

La colaboración de María fue cooperar paso a paso con Cristo en el misterio de la Redención, y ésta quedó terminada el día que Cristo la consumó.

María fue Corredentora con Cristo; pero la Redención de Cristo y la Corredención de María se verificaron en la vida, muerte y resurrección de Cristo.

María se ofreció con Él al Padre y ofreció a Cristo al Padre con el derecho que le daba su

Maternidad divina y en función de esa misma Maternidad que, en Ella, era ejercicio de su peculiar sacerdocio.

Por su muerte, Cristo destruyó el pecado, siendo enterrado con Él el hombre viejo, y por su Resurrección resucitó un Hombre glorioso. Y la Redención fue terminada palpablemente, siendo terminada también la Corredención de María.

Después de la muerte y resurrección de Cristo, la Virgen no necesitaba morir para que resucitara un hombre nuevo.

Ella estuvo siempre adherida a su Hijo; y la postura de su alma, después de la resurrección, fue una adhesión tan grande a este Hombre Nuevo, que la Señora era con Él la Mujer Nueva que colaboró, por el misterio de la Encarnación, en la vida, muerte y resurrección de Cristo, a enterrar al pecado y, con él, al hombre pecador, aplastando la cabeza de la serpiente, para que resucitara un Hombre Nuevo, al cual se adhirieran todos los hijos de Dios que quisieran injertarse en el Árbol de la Vida.

Por lo tanto María no necesitó, para ser Corredentora, morir, sino colaborar con Cristo, en su vida, muerte y resurrección, a la Redención; colaboración que Ella realizó ejerciendo su peculiar sacerdocio en el ofrecimiento de Cristo al Padre, para la gloria del mismo Padre y santificación de los hombres.

Cuando Cristo murió, el alma de la Señora de la Encarnación, totalmente unida a su Hijo, sintió y experimentó en sí el estremecimiento y los terrores de la muerte más terrible que podamos imaginar.

En verdad podemos decir que la Virgen murió con Cristo, en la conciencia clarísima que Ella vivía del misterio que se estaba realizando al pie de la cruz.

María se ofreció con Cristo al Padre y, adherida a su Hijo, era tan una con Él, que se sintió morir, sufriendo en sí, por su Maternidad divina, las consecuencias del pecado original, en el Fruto de esta misma Maternidad, colgado en el árbol de la cruz.

Por lo tanto, no necesitaba la Virgen, para ser plenamente Corredentora con Cristo, morir o resucitar a una vida nueva. Porque María fue Corredentora, no muriendo Ella y siendo crucificada, sino viviendo en sí la muerte de Cristo y su crucifixión; de tal forma que, en el Fruto de su Maternidad divina, victimada, vivió su muerte y crucifixión.

Cristo al morir enterró al hombre viejo. Pero María, que fue redimida, por los méritos previstos de Cristo, en su Concepción inmaculada, fue también, por esos mismos méritos, la Mujer Nueva que aplastó la cabeza de la serpiente, no necesitando morir para pasar a la Eternidad; ya que, al morir Cristo y resucitar, enterró el pecado e hizo surgir un Hombre glorioso.

Y, desde este momento, Cristo es el Hombre Nuevo, y María la Mujer Nueva, que, por la muerte y resurrección de Cristo y a través de la Maternidad de María, llevarán a los hombres a gozar eternamente de la felicidad de Dios.

Y así como María no necesitó caer para ser redimida, tampoco necesitó morir para subir al Cielo. Eso era la consecuencia del pecado que la Virgen no poseyó jamás, y que Cristo redimió con su muerte y resurrección, y Ella corredimió colaborando con su Hijo, por y a través de la función sacerdotal de su Maternidad divina.

No necesitó la Virgen morir para ser Corredentora, como tampoco necesitó pecar para ser redimida; y como la muerte es consecuencia del pecado, quien no pecó no tuvo por qué morir.

Cristo tampoco pecó, pero cargó sobre sí con el pecado de todos los hombres, y fue el predestinado por Dios para realizar en Él la muerte de este pecado y la resurrección del Hombre glorioso.

Y lo que Cristo realizó por la perfección de su Sacerdocio, al ser en sí Dios y Hombre; María, Señora de la Encarnación, lo realizó por la función de su Maternidad divina, que la hizo ser con Cristo Colaboradora, y, por lo tanto, Corredentora, en el ejercicio de su peculiar sacerdocio en el Calvario.

Y por eso la Virgen, por una parte preservada del pecado original, y por otra Corre-

dentora con Cristo, disfruta y participa de los derechos del hombre ajeno al pecado. Y, adherida a su Hijo glorioso y resucitado, espera la suerte final de los justos, sin tenerse que obrar en Ella los trastornos propios de ese mismo pecado, que es la separación del alma y del cuerpo; trastornos que Cristo, “al hacerse pecado”<sup>11</sup> por los pecadores, como Redentor y Supremo Sacerdote, quiso experimentar en sí; liberando con esto a los hombres de la muerte eterna, y proporcionándoles la resurrección y la vida, pero dejándoles las consecuencias personales de su “no” a Dios por el pecado original y personal de cada uno.

La Virgen no tuvo ni pecado original ni pecado personal. Y así como Cristo, al “hacerse pecado”, quiso morir para demostrarnos el amor que nos tenía y sufrir en sí las consecuencias de este mismo pecado, María, creada sin pecado original y hecha una cosa con Cristo glorioso, no necesitaba morir para ser Corredentora; ya que Ella colaboró con Cristo en la Redención, no muriendo, sino ofreciendo al Sumo y Eterno Sacerdote, en función del peculiar sacerdocio de su Maternidad divina, al Padre como expiación de los pecados de sus hijos.

María es tan Madre de Dios como del Hombre; y por eso, con la muerte del Hijo de Dios hecho Hombre y su Hijo, glorifica al Padre y

---

<sup>11</sup> 2 Cor 5, 21.

comunica la vida a todos los hombres en función y por el ejercicio de su Maternidad divina.

María, para ser Corredentora, no hizo exteriormente lo mismo que Cristo, aunque sí vivió lo mismo que Él, participando como nadie del vivir de Cristo y de la filiación del Verbo.

Y así vemos a Cristo y a María realizando cada uno, según el plan de Dios, el ejercicio de su peculiar sacerdocio, mediante el cual se llevó a cabo la Redención en el modo personal que, dentro de los planes divinos, cada uno tenía que hacerlo».

Después de lo que he comunicado [...] que contemplé en el año 1960 y voy manifestando sobre las luces recibidas en el año 1971;

[...] humildemente manifiesto [...] que el día 15 de agosto de 1960, cuando fui llevada a contemplar el momento sublime en que la adorable Trinidad bajó a este peregrinar de la Señora para recogerla y llevarla en cuerpo y alma a la Gloria, no vi, en ningún momento ni de ninguna manera, separación entre su alma y su cuerpo;

una vez que, ya en Pentecostés había recibido al Espíritu Santo en compañía de los Apóstoles, para que a través de su Maternidad divina y por la llenura que Ella tenía del mismo Espíritu Santo –que para comunicarlo se le comunicó–, lo donara durante todos los tiempos y a todos los hombres, como Madre de la Iglesia universal, desde el mismo día de Pentecostés, con co-

razón de Madre y amor de Espíritu Santo; y por la voluntad del Padre y por la plenitud de Cristo que, a través de la Maternidad divina de la Virgen, se nos dio en el misterio de la Encarnación, y, por este glorioso misterio, en su vida, muerte y resurrección, en inmolación cruenta de Redención por la sangre y la carne que le dio María.

Por lo que esta pequeña hija de la Iglesia, con corazón sencillo, alma abierta, y en adhesión incondicional, como en todos los momentos de mi vida, al pensamiento de la Iglesia, manifiesta que, en el momento de ser levantada la Señora de esta tierra a la Eternidad por la voluntad del Padre, en el abrazo del Hijo y en el roce infinito de suavidad silenciosa e inmutable del Espíritu Santo, no vio, en ningún momento, separación entre el alma y el cuerpo de la Virgen.

Que, en un abrir y cerrar de ojos, en el romance más sublime que una pura criatura haya podido vivir con relación al Infinito Ser; sobrepasada de amor y saturada de Divinidad, quedando sumergida en la suavidad silenciosa, inalterable y pacífica del Eterno, y mecida en el aleteo del arrullo del Espíritu Santo, en una dormición gloriosa, fue levantada en cuerpo y alma por la inmutabilidad de la Infinita Trinidad, que descendió a la tierra para llevársela al gozo dichosísimo del Festín infinito de su vida inmutable.

Poniéndola el mismo Dios por toda la eternidad en el grado de participación de su Divinidad que le correspondía a la Virgen, la Madre,



la Señora y la Reina del Universo; que lo es también en la Eternidad, en el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios que la creó, metiéndola en el plan trinitario para la Redención del hombre, como Corredentora, y para la restauración de toda la humanidad.

El vivir de la Virgen con Cristo en su pasión, fue una muerte mística e incruenta, que la hizo resucitar también místicamente con Cristo; pasando a vivir, como Madre de la Iglesia universal, la vida nueva que por Cristo a todos se nos da.

Por lo que creo que no vio mi alma en ningún momento, separación entre el cuerpo y el alma de la Virgen el día que el Señor se dignó, por un movimiento de su voluntad en misericordia infinita sobre esta pobre y miserable criatura y para que lo manifestara, mostrarme el momento sublime e indescriptible de la Asunción de la Virgen en cuerpo y alma al Cielo.

«Yo no vi separación entre su alma y su cuerpo aquel día que me mostró la Asunción gloriosa de Nuestra Señora de la Encarnación.

Fue tan esplendorosa a mi mirada espiritual aquella Asunción, que mi pobre palabra me sabe a profanación ante la finura indecible de aquel trasunto misterioso de la subida gloriosa de la Virgen Blanca a la Eternidad.

Yo sólo vi que se obró un misterio de finura, de delicadeza y ternura indecible entre Dios

y la Virgen Blanca, cuando la Madre del Verbo Infinito llegó a aquel punto de divinización, en el cual Él la tuvo tan llena, tan pletórica y divinizada, como en su infinito pensamiento soñó desde toda la eternidad.

Entonces, cuando la Señora de la Encarnación, toda Blanca, estuvo en el centro-centro de la voluntad divina, repleta de frutos y con su misión totalmente cumplida, Dios la arrebató a sí; porque ¡un paso más!, y la Virgen hubiera rebasado, en plenitud de participación de la Divinidad, los límites que la misma voluntad de Dios, al crearla para ser su Madre, sobre Ella determinara.

¡Y qué capacidad la de María en plenitud de Divinidad...! Después de la humanidad de Cristo, la capacidad más grande que ha existido para poseer a Dios.

Por mucho que queramos decir de la Virgen, siempre nos quedaremos cortos; pues no cabe en la mente de la criatura, mientras esté en el destierro, más que barruntar algo de aquel concierto de perfecciones que Dios puso en Ella el día que la creó: ¡en la Virgen de la Encarnación, que fue creada para la misma Encarnación!

Yo no vi separación entre su alma y su cuerpo el día que la Virgen Blanca dejó el destierro para introducirse en la Eternidad.

Pero sí vi y comprendí, llena de júbilo y de sorpresa indescriptible, quedándose grabado en mi limitado, pequeño y trascendido entender,

el gozo que las divinas Personas tenían, al llevar hacia sí a aquella criatura que fue, con Cristo, el “sí” de respuesta gloriosa frente a Dios en nombre de todos sus hijos.

¡Qué impresión cuando, introducida por Dios en aquella finura..., en aquella ternura..., en aquella intimidad..., en aquel silencio..., en aquel concierto..., en aquel arrullo..., en aquel ensueño...!; en una palabra, ¡en aquel misterio de vida, de amor, de hondura y de penetración..., sorprendí a las tres divinas Personas que, en consejo infinito y amoroso de Familia, determinaban arrebatar, en un abrir y cerrar de ojos, del destierro a la Eternidad, a la Virgen Blanca, que, un día también, en coloquios con la misma Trinidad, me fue descubierta en el *Sancta Sanctórum* de la Encarnación...!

¡Era la misma Señora, la misma Virgen, la misma Reina, la misma Madre...!: ¡La misma Señora, que, en intimidad con las tres divinas Personas, colaboraba a la llenura de los planes eternos, por ser un “sí” de donación total en cumplimiento perfecto y lleno de la voluntad divina en cada momento de su vida...!

Era la misma, pero en distinta situación. El día de la Asunción, Nuestra Señora de la Encarnación había terminado su duro y jadeante caminar por el destierro.

Y el Padre se lanzó hacia Ella para meterla, en luz pletórica de Eternidad, en la anchurosa caverna de su seno;

el Hijo le dijo un “Madre” de tanta ternura y cariño de Hogar, que la hizo ser la Reina de la Eternidad, por el esplendor magnífico de su Maternidad divina, llena y pletórica en saturación; y el Espíritu Santo, como Esposo enamorado, “con su diestra la sostuvo y con su siniestra la abrazó”<sup>12</sup>, para que el ímpetu infinito de la Familia Divina no la estremeciese; sino que, suavemente..., haciéndola desfallecer de amor por el beso de su Eterno Consorte..., se la llevase a las Bodas eternas.

Yo no vi que se obrara en la Señora más que un misterio de silencio, de dulzura y de sabiduría, ¡tan sumamente saboreable...!, ¡tan eternamente penetrativo...!, que aquella sabiduría que Ella poseía se la aumentó ¡tanto, tanto!, que se quedó para siempre en la luz gloriosa de la Eternidad.

Con su paso avasallador, pero en silbo delgado para que la Virgen no experimentara en sí ningún trastorno, en un abrir y cerrar de ojos, las tres divinas Personas, en un solo abrazo de paternidad, de filiación y de Esposo, se depositaron en Ella en un beso misterioso, eterno y silencioso de inmutabilidad.

Y en este beso de inmutabilidad, repleto de sabiduría, la Virgen Blanca se encontró en un instante, el día de la Asunción, en la luz resplandeciente, clara y dichosísima de la Gloria,

---

<sup>12</sup> Ct 2, 6.

arrullada por el paso de Dios que se abalanzó sobre Ella como miríadas y miríadas de cataratas de Ser que la envolvieron en las corrientes divinas de los eternos Manantiales; los cuales, en el concierto del teclear de sus cascadas, la dejaron tan poseída por el Infinito, que se le abrieron para siempre los Portones anchurosos y gloriosos de la Eternidad.

Lo que contemplé que se obró en Nuestra Señora de la Asunción fue un beso de Dios, tan silencioso..., ¡tanto, tanto y en tanto misterio...! que, ante la llenura completa de los planes divinos sobre Ella, ese beso de Dios la inmutabilizó tan divinamente, que le dio para siempre, ¡para siempre...!, la Luz infinita de la Eternidad...

Se está durmiendo María  
en los brazos del Señor;  
en celestiales conciertos,  
robada por su Amador...

¡No se obró ninguna cosa  
el día de su Asunción  
más que, en un sueño amoroso,  
el Cielo se la llevó...!

¡Se ha dormido la Señora  
Blanca de la Encarnación...!

Cuando la Virgen había llegado a aquel punto de divinización que la voluntad infinita de Dios quiso para Ella desde toda la eternidad; cuando su plan eterno estaba totalmente cum-

plido, y la Señora Blanca de la Encarnación se encontraba repleta de frutos y llena en saturación, de tal forma que un paso más y hubiera superado en llenura los planes de Dios sobre su alma; en aquel instante, ¡ni un minuto más ni un minuto menos!, la Familia Divina se abalanzó en su ímpetu infinito para llevarla a gozar eternamente de la luz de la Gloria en la Eternidad».

[...] Como hija pequeña de la Iglesia, y consciente de mi pobreza y mi limitación, necesito manifestar que, en el sublime momento que Dios me mostró el instante glorioso de la dormición de Nuestra Señora, arrebatada en un éxtasis de amor en el arrullo infinito del beso amoroso del Espíritu Santo, siendo levantada por la paternidad infinita del Padre Eterno, y en el llamamiento de tiernísima ternura del Unigénito del Padre, Encarnado, y su Hijo; mi alma, llena de amor, veneración y respeto adorante, no vio, en ningún momento, separación entre su alma y su cuerpo.

Pues éste, subyugado y robado por el ímpetu del alma de la Señora, era levantado, como una pluma, ante el lanzamiento inefable de las divinas Personas hacia la Reina del Universo, para llevársela, en un éxtasis de amor, en Asunción gloriosa por el abrazo trinitario, amoroso e infinito, que, en beso de inmutabilidad, la introdujo suave..., tierna... y dichosísimamente...

en las mansiones magníficas y suntuosas de la Eternidad.

Era su cuerpo, un cuerpo exento de pecado, como el de nuestros Primeros Padres en el Paraíso terrenal; y por tanto no necesitaba morir.

Murió mística, pero dolorosísimamente, con Cristo en el Calvario, para que nada le faltara; ofreciendo al Padre, como víctima, la Hostia del Cordero Inmaculado, con el cuerpo y la sangre redentora que Ella misma le dio para el sacrificio.

Por lo cual, expresé que la Virgen fue arrebatada a la Gloria, transida como en un sueño de amor; y levantado su cuerpo por el ímpetu de su alma, no teniendo más movimiento ni tendencia que la de su misma alma.

Y, sin que prácticamente lo apercibiera, María, en todo su ser, cuerpo y alma, era movida por el ímpetu de su espíritu, que no tenía más tendencia que Dios y su voluntad, para el cumplimiento de sus planes eternos.

15-10-1972  
(Fragmento)

«*¡Assumpta est María*» que sube a los Cielos, triunfante y gloriosa, con paso seguro y majestuoso...! ¡Es blanca su alma, sin nada que la impida volar hacia las mansiones del Reino de Dios...!

La Virgen no tenía ninguna tendencia, ni apatencia, ni torcedura, ni inclinación que la atrajera hacia la tierra.

María vivió como asunta durante todo su peregrinar, concluyendo su ascensión en el abrazo del encuentro del Infinito.

La Virgen pasó por la vida con la agilidad de un rayo, sin posarse por el fango de la tierra, sin empolvar siquiera su alma inmaculada, sin sentir en sí las concupiscencias que han sido consecuencia de la rotura del plan de Dios».

«La Virgen adora..., el Amor la invade...; y el silbo amoroso del Eterno Sol la adentra en su pecho en tanto romance, que el Beso infinito, en paso de Dios, la envuelve en su brisa, que es llamada eterna de arrullo amoroso, repleto en su don.

Reina es la Señora, blanca como un sol, toda refulgente en su resplandor; Virgen toda Virgen en sus claridades, por estar tomada, en predilección, por el Ser Eterno que la arrebató.

Y su alma, vuelta como el girasol, vive subyugada, en romance eterno, por aquel Concierto del Sumo Amador.

Nada hay en su hondura que no sea Dios. Toda su tendencia y su inclinación se siente robada en subyugación, tan profundamente, tan divinamente,

que está cautivada, en adoración,  
por los resplandores del rostro de Dios...

Nada hay en su alma que no sea amor:  
¡amor del Eterno, lleno en perfección!

Y la Virgen Blanca, toda cautivada,  
vive traspasada en arrobamiento  
por el Dueño eterno de su corazón.

¡Sólo una tendencia hay en la Señora!,  
¡sólo un atractivo y una inclinación!  
Vivir toda envuelta, en sublimación,  
en las claridades del Sol Infinito,  
en el Día eterno, lleno de esplendor.

Blanca es la Señora, bella como un sol...;  
tan Virgen que es Madre, ¡y Madre de Dios!

¡Qué Virgen más Virgen...! ¡Misterio de amor...!  
Es tanta excelencia en su creación,  
tan enteramente robada por Dios,  
que toda su alma es para el Señor...

¡Tan para el Eterno, tan para el Amor...!,  
¡en tanto misterio es su donación!,  
que hace posible que el Verbo Infinito  
se encarne en su seno en su tierno don,  
y la llame: Madre, cual merece Dios.

¡Misterio terrible de sumo estupor!:  
Dios que se hace Hombre y el Hombre que es Dios  
en el seno grande de la Virgen Blanca,  
que ya es la Señora de la Encarnación.

Es Madre del Hombre y es Madre de Dios;  
¡por eso es tan Madre cual nadie logró!,

porque en Ella abarca, por un plan divino,  
a Dios en su vida y en su donación,  
y al hombre caído y en restauración,  
que por el misterio obrado en su entraña,  
injertado en Cristo, ya pasa a ser Dios.

Romance terrible de predilección,  
que sublima al hombre cual nadie soñó,  
porque participa por este misterio,  
con el Verbo Eterno, de su filiación...

¡Misterio terrible...! ¡Locura de amor!:  
Dios que se hace Hombre y el Hombre  
que es Dios...

Blanca es la Señora de la Encarnación.  
Yo la vi aquel día como un resplandor  
del Sol Infinito, del Eterno Amor:

Era toda Madre, y me acarició...  
Era toda Reina, y me protegió...  
Era toda Virgen, me virginizó...  
¡Y era tan Señora, que me subyugó...!

¡Nunca he de olvidarlo por más que viviera!  
¡Y fue en el gran día de la Encarnación...!

Se termina el tiempo de la Virgen Madre,  
toda poseída por el resplandor  
del rostro divino que la cautivó.

Y en las claridades de la Luz eterna,  
se oye una voz:  
“Se terminó el tiempo  
para la Señora de la Encarnación”.

Y en silbo delgado, el Beso de Dios,  
todo enamorado, vuela presuroso

a depositarse, en peso de amor,  
en la Virgen Blanca que es Madre de Dios...

Blanca es la Señora, y, en adoración,  
espera el momento de grandes nostalgias  
que venga el Eterno por su donación...

Toda está repleta en frutos de amor,  
sin que nada falte a la creación  
de aquella Señora, para que el Eterno,  
en beso amoroso, la lleve a su seno,  
al festín divino de su posesión...».

15-8-1971

«Por lo que, al llegar a las fronteras de la Eternidad, su cuerpo, unido a su alma en unión perfecta de abrazo indescriptible, y sin más inclinación que la de ésta, totalmente tomada, poseída y saturada por Dios, fue llevado por ella a la Eternidad aquel día glorioso para la Señora del término de su peregrinación.

Su alma atrajo, levantándolo consigo, al cuerpo, y le hizo atravesar el Abismo insondable que el pecado había abierto entre Dios y el hombre, sin sentir ni el más ligero impedimento.

Era tan suave la Asunción de la Virgen, tan segura, tan como divina, que las consecuencias del pecado que nos proporcionó la muerte, no fueron experimentadas por Ella en ese momento glorioso.

No tenía nada que dejar la Señora toda Blanca de la Encarnación; no había ninguna cosa

que la inclinara a la tierra; no había, ni en su cuerpo ni en su alma, más apetencia que una continua y amorosa ascensión hacia la Luz.

El alma de María, siempre con sus alas extendidas, es la expresión perfecta del cumplimiento de la voluntad de Dios sobre los hombres; por lo cual, al terminar el destierro, se lleva consigo a su cuerpo, sin tener que experimentar la carga que éste supone para la totalidad del género humano.

El cuerpo de María era y estaba, podíamos decir, tan divinizado en todas sus tendencias, sus apetencias, sus sensaciones, sus inclinaciones, ¡tanto!, que era todo alas, ¡y alas grandes de águila imperial!, preparadas con la fortaleza de Dios para pasar airoosamente de la tierra al Cielo».

Y por eso, [...] expresaba, como podía en mi pobre balbucear, aquel sublime momento que me fue manifestado en el silencio sacrosanto de una oración profundísima; en el cual contemplé el instante de ser llevada la Señora en su Asunción gloriosa, y levantada hacia la Eternidad por las tres divinas Personas; realizándolo cada una en su modo personal, en el requiebro amoroso y en el romance eterno más sublime que, después del alma de Cristo, lo haya podido y lo podrá vivir ninguna pura criatura.

[...] Veía subir... ¡subir...!, siendo llevada por Dios, a Nuestra Señora de la Asunción al gozo

dichosísimo de los Bienaventurados, en compañía del Hijo de Dios y su Hijo; a disfrutar para siempre, por el fruto de la Redención de su mismo Hijo, en el banquete dichosísimo y gloriosísimo de la Eternidad; siendo Madre universal de la Iglesia gloriosa, peregrina y purgante, como Reina y Señora de todos los Bienaventurados.

«¡Qué impresionante es contemplar a María siendo llevada a la Eternidad...!

¡Qué maravilloso verla ascender silenciosa y amorosamente en una Asunción de suavidad, de agilidad, de levantamiento y de gloria...!

¡Qué momento tan inolvidable...! ¡Qué misterioso, qué secreto y qué sublime...!

¡Asciende María...! Asciende entre las claridades del Sol Eterno, bajo el amparo y el cariño del Espíritu Santo, protegida por el abrazo del Padre, e impulsada y atraída hacia el Cielo por la voz del Verbo...

¡¿Cómo podrá el pensamiento del hombre, torcido y entenebrecido por sus propios pecados, comprender el misterio de María en todos y en cada uno de los pasos de su vida...?!

¡¿Cómo podrá la mente, ofuscada por la soberbia, descubrir, penetrar e intuir en el lago tranquilo, poseído por la Divinidad, del alma de Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación...?!

María fue llevada a la Eternidad en cuerpo y alma con la rapidez de un rayo, porque toda

Ella tenía unas grandes alas de águila imperial que la ascendían constantemente hacia las mansiones eternas e infinitas del gozo de Dios.

Yo he contemplado ascender a María en el impulso del Amor Infinito, en el abrazo de ese mismo Amor, en la suavidad de su caricia, en el ímpetu de su arrullo, mecida y envuelta por el ocultamiento velado del *Sancta Sanctorum* de la Infinita Trinidad...

Subía María a los Cielos...; ¡subía...! ¡Y qué Asunción...! Sólo la adoración, el silencio, el respeto y el amor, fueron el modo sencillo, sobbordante y aplastante, con que mi alma, sobrepasada, supo responder, en mi pobreza, a aquel espectáculo esplendoroso de la Asunción a los Cielos de Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación».

«Se está durmiendo María  
en los brazos del Amor...,  
en el ímpetu divino,  
en su fuego abrasador...

Se está sintiendo llevada  
por el Infinito Sol  
a la claridad eterna  
de su mismo resplandor...

Está toda subyugada,  
y tan repleta en su don,  
que está siendo levantada,  
en misteriosa Asunción,

la Virgen enamorada,  
por el rostro del Señor...

¡Que todos guarden silencio...!,  
¡caigan en adoración...!,  
que el Padre la está meciendo  
en su abrazo arrullador,  
para meterla en su seno  
en cariño acogedor...;

que el Hijo la llama Madre,  
cual nunca se lo llamó,  
en ternura del que viene  
a ser su Liberador...;

y el Espíritu Infinito,  
que es todo beso de amor,  
envuelve a la Virgen Madre  
con su fuego abrasador...

Es silencio y es ternura...,  
es arrullo y es ardor...,  
es majestad y es concierto...;  
es un romance de Dios,  
¡tan infinito y eterno  
y en tan silencioso don!,  
que es todo amor infinito,  
que es todo subyugación...

¡Qué momento tan sublime...!  
¡Silencio de adoración...!:  
¡Está siendo levantada  
en magnífica Asunción  
la Señora toda Blanca  
que yo vi en la Encarnación...!;

¡Se la está llevando el Cielo...!  
¡Se la está robando Dios!;

¡Yo quisiera detenerla!,  
por no perder tan gran don,  
para marcharme con Ella.

Pero es tanto el esplendor  
de la Asunción de María,  
en vuelo hacia el Creador,  
que mi alma, subyugada  
ante el Ingente Amador,  
cae de rodillas postrada  
en tierna veneración.

¡Oh, qué silencio tan hondo  
hoy le está dando el Amor...!

La está inmutabilizando,  
parándola en su ascensión,  
por estar en aquel punto  
de su divinización,  
con la llenura completa  
de los planes del Señor...

La está inmutabilizando  
en toque acariciador,  
el arrullo del Dios vivo,  
el beso de su Amador,  
como Consorte divino  
en silencio acogedor...

No se obró ninguna cosa,  
no hubo separación  
entre su alma y su cuerpo  
el día de su Asunción.



*Se ha dormido la Señora...*

Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia

Sólo fue el Beso infinito  
quien al Cielo la robó.

Y esto fue en tanto silencio  
cual nunca explicaré yo,  
pues me faltan las palabras,  
en mi amorosa canción,  
para expresar, a mi modo,  
aquel paso arrullador  
del Eterno, que besaba,  
en virginal esplendor,  
a la Reina toda Blanca,  
Virgen de la Encarnación...

Se está durmiendo María  
en los brazos del Amor...

Está siendo levantada  
por el ímpetu de Dios,  
en conciertos de armonías,  
en luminosa Asunción,  
como brisa acogedora  
del verano en su frescor...

¡Se durmió la Virgen Madre,  
repleta en su donación,  
en sueño que es todo gloria,  
en un éxtasis de amor,  
al sentir sobre su alma  
el paso de su Amador...!

¡Se ha dormido la Señora  
Blanca de la Encarnación...!».

15-8-1971